

Los archivos de Estados Unidos: fuente clave para la historia de Colombia

Adolfo León Atehortúa Cruz*
David Fernando Varela S.**
Diana Marcela Rojas Rivera***

RESUMEN

El siguiente escrito destaca la utilidad de las fuentes internacionales (concretamente de los archivos existentes en Estados Unidos para la investigación historiográfica en Colombia), y menciona algunos casos de documentos utilizados en publicaciones de las últimas dos décadas. Se refiere, en particular, a los “Archivos Nacionales” de ese país, al “Archivo de Seguridad Nacional” de la Universidad George Washington y a la Ley de Libertad de Información bajo la cual operan. Finalmente anuncia el aporte y la disposición al público colombiano de documentos procedentes de esos archivos durante el período 1940-1953, de modo que puedan ser utilizados por otros investigadores.

Palabras clave: Estados Unidos, relaciones internacionales, historia.

SUMMARY

This paper highlights the usefulness of international sources for historiographic research in Colombia, specifically the sources available in archives available in the U.S., and refers to some cases of documents used in publications made during the last two decades, particularly from the U.S. National Archive and the National Security Archive of the George Washington University Archive, and to the Freedom of Information Act under which both operate. Finally, it lets know the Colombian public about the availability of documents originated in those archives for the period of 1940-1953, facilitating their use by other researchers.

Key words: United States, international affairs, history.

FECHA DE RECEPCIÓN: 02/11/2006

FECHA DE APROBACIÓN: 12/11/2006

* Profesor Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Pedagógica Nacional.

** Profesor invitado Facultad de Ciencias Jurídicas
Pontificia Universidad Javeriana.

*** Profesora Instituto de Estudios Políticos
y Relaciones Internacionales
Universidad Nacional de Colombia.

1. LA GLOBALIZACIÓN Y LAS FUENTES INTERNACIONALES

Más allá de las disquisiciones teóricas, políticas y sociológicas en torno a la llamada “aldea global” y sus características contemporáneas, más allá del estatuto teórico atribuido al discutido aforismo de McLuhan y al papel de los medios en la conformación de una cosmópolis tecnologizada, la necesidad de su aprehensión y comprensión desde el punto de vista histórico es ya una realidad y una exigencia para sus estudiosos. El impacto de la globalización no se presenta solamente en términos de presente y de futuro, sino que implica una relectura del pasado. La interdependencia de las sociedades no es únicamente un fenómeno contemporáneo; uno de los efectos de la conformación de una sociedad global es la progresiva conciencia de los múltiples nexos que nos han constituido a lo largo de la historia. Ya no bastan los archivos nacionales y menos aún los regionales para esclarecer hechos que a menudo conectan diversos países en el devenir pasado y presente de las sociedades. Ya no se trata solamente de la relación colonial que en el caso hispanoamericano coloca como obligada referencia al Archivo General de Indias o a los documentos existentes en las sedes virreinales. Muchos episodios sociales, políticos y económicos, del ayer como del hoy, con aparente raigambre nacional y limitadas fronteras geográficas en su desarrollo, han dejado sus huellas indelebles en otros países, en otros archivos, y en variados documentos dispersos por el mundo.

Las historias nacionales, en sentido historiográfico, ya no pueden escribirse con la simple utilización de fuentes nacionales. No hemos estado solos. En nuestro acaecer existen múltiples enlaces y puntos de conexión con nuestros vecinos distantes y cercanos. La influencia, la injerencia, la interrelación, la mutua dependencia o la dominación, se expresan en lo cotidiano. Pero no sólo ello. La comparación, un ejercicio vital para la asimilación y comprensión histórica, es impensable sin las fuentes internacionales.

En la historiografía reciente, muchos ejemplos pueden citarse para destacar sus dimensiones e importancia: aquello que la prensa de otro país publicó sobre los sucesos nacionales; un elemento clave descubierto en un archivo ajeno y virgen; relaciones halladas de manera inesperada e insospechada; diferencias y similitudes que los documentos arrojan sin importar el lugar o las fechas; vínculos innegables e interdependencias sin soslayo. Todo puede redundar en una información cada vez más vasta pero también cada vez más ineluctable. Su océano invita a sumergirse, seduce. Y en ello, la única regla aceptable es no extraviarse. La globalización no sólo implica una explosión de información de todo tipo, una abundancia inédita en la historia de la humanidad; encierra igualmente, como reto principal, la generación de criterios y de mecanismos apropiados que nos permitan navegar por ese mar infinito de datos. Recientemente, Umberto Eco afirmó que el problema para nuestra época ya no era cómo preservar y transmitir una información escasa, sino más bien cómo hacerle frente a la sobreabundancia de aquella y convertirla en herramienta de progreso¹.

A título de ejemplo concreto, una investigación seria y minuciosa sobre las misiones militares extranjeras que durante los años de 1907 a 1913 y de 1924 a 1929 permanecieron

¹ “Hoy existe el peligro de que 6.000 millones de personas tengan 6.000 millones de enciclopedias distintas y ya no puedan entenderse entre ellos para nada”. ECO, Humberto, *Libertad digital*. Disponible en <http://www.libertaddigital.com/php3/noticia.php3?cpn=1276234163> En Venezuela, el profesor Pablo Liendo ha analizado esta problemática desde una perspectiva peculiar: la “diabetes informática”, una especie de disfunción generalizada de los sistemas de información disponibles para la humanidad. Ver “Los nuevos entornos comunicacionales”, en <http://funredes.org/liendo/escritos/index.htm>

en Colombia, nos lleva perfectamente y sin discusión a visitar varios países. Entre 1907 y 1913, las misiones fueron chilenas. Por consiguiente, de ellas quedó huella en el Archivo Nacional de la Administración Central en Santiago, en el Archivo del Ejército de Chile y en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de ese país. Los informes diplomáticos, las comunicaciones de los militares a sus superiores, el balance de sus actividades y, por supuesto, sus hojas de vida y antecedentes militares, reposan en carpetas cuya ubicación exige el traslado del investigador.

No obstante, debido a la profunda relación militar existente entre Chile y Alemania, o también a los deseos que ostentó Colombia para contratar instructores en ese último país, la investigación puede conducir al Deutsches Zentralarchiv, o Archivo Federal de Berlín en Lichterfelde. En su momento, la oportunidad de enviar misiones a los países latinoamericanos era atractiva para los germanos. Una investigación adelantada en los archivos mencionados encontró que, entre 1911 y 1914, se presentaron negociaciones públicas y secretas para enviar misiones a Ecuador, Brasil, Colombia y Paraguay. En 1913, Alemania manifestó su disposición de invitar a dos o tres oficiales colombianos a los cursos de “Estado Mayor” que la academia militar adelantaba en Berlín, y se pidió, a cambio de ello, un compromiso colombiano para enviar sus oficiales de instrucción únicamente a Alemania y Chile.

Entre 1924 y 1929, las misiones militares fueron suizas. Para contratarlas, el primer contacto entre los gobiernos ocurrió en 1916. Después de un elogioso artículo aparecido en el *Times* de Nueva York y de un libro del coronel Kar Egli sobre el ejército suizo, el presidente colombiano José Vicente Concha decidió contratar una Misión de esa nacionalidad. Francia intercedió a favor y Estados Unidos trató de impedir la contratación, pero sólo logró posponerla. El acuerdo se alcanzó finalmente en 1924 bajo la presidencia de Pedro Nel Ospina, quien encargó a su embajador Francisco José Urrutia para culminar las negociaciones. Todo el trasegar de la Misión y su correspondencia, así como vibrantes descripciones de los militares suizos sobre el ejército de Colombia, sobre la situación de los soldados y en general sobre el país, figuran en el Departamento Militar del Schweizerische Bundesarchiv (BAR), o Archivo Federal de la Confederación Suiza en Berna.

En medio de la discusión y posterior aprobación del Tratado Urrutia-Thompson, la Legación de Estados Unidos en Colombia mantuvo constantemente informado a su Departamento de Estado y a su secretario sobre estos hechos. Así mismo, emitió importantes conceptos para la apreciación histórica de la coyuntura y de la evolución histórica de Colombia. Los documentos reposan, desde luego, en los Archivos Nacionales de Estados Unidos, *The National Archives*.

Aunque sólo recientemente empecemos a ser más conscientes de la pequeñez del mundo y del grado de interconexión e interdependencia de las distintas sociedades a lo largo de la historia, dicho fenómeno no es solamente asunto contemporáneo o efecto de la globalización. Ha existido, en ocasiones oculta e imperceptiblemente, aun antes del descubrimiento de América o de la caída del Imperio Romano. Los historiadores poseen hoy la conciencia y las herramientas analíticas y materiales para demostrarlo: las fuentes internacionales hablan por sí mismas. El acceso a cada vez mayor información, la apertura de archivos antes clasificados o considerados perdidos, la facilidades de comunicación y de desplazamiento hacia otros países, pero sobre todo la superación de esquemas y enfoques históricos exclusivamente nacionales, son elementos que contribuyen a esta relectura en perspectiva de la relación entre lo interno y lo externo.

[59]

2. LOS ARCHIVOS NACIONALES DE ESTADOS UNIDOS

Para la historia del siglo XX en Colombia, y aun del siglo XIX, los Archivos Nacionales de Estados Unidos constituyen una fuente documental de obligada consulta. Probablemente, la mayor dificultad para acceder a ellos estriba en su ubicación dispersa a lo largo y ancho del país. El más caracterizado y conocido de tales archivos se encuentra en Washington y contiene la exhibición permanente de la Constitución, la Carta de Derechos y la Declaración de Independencia. La edificación, ubicada sobre Pennsylvania Avenue, entre la Casa Blanca y el Capitolio, fue diseñada por John Russell Pope, constructor también de la Galería Nacional de Arte y del Monumento a Jefferson, inspirado en el estilo neoclásico con el que desde sus orígenes se quiso caracterizar a esa capital. Según cálculos institucionales, más de un millón de personas visita cada año el lugar que, por ende, es más célebre como museo que como archivo. La rotonda y la galería circular albergan una exhibición denominada *The Public Vaults* (Las Bóvedas Públicas), la cual recoge más de 1.000 documentos bajo una cúpula de enormes murales pintados en 1936 por Barry Faulkner, en alusión a diversos hitos de la historia nacional estadounidense.



**The National Archives Building,
in Washington D.C.**

Antes de su fundación parcial, en 1935, los registros de archivo se encontraban en sus correspondientes agencias gubernamentales. Sin embargo, los 757.000 pies cuadrados, destinados para el almacenamiento de documentos en el edificio de Washington no fueron suficientes para la concentración de todo lo existente. Otras instalaciones se ubicaron en College Park, Maryland, en las bibliotecas presidenciales y en los registros regionales.

Hoy en día, el edificio de los Archivos Nacionales en Washington alberga documentos genealógicos, de los indios americanos, del “New Deal” (Nuevo Pacto), y administrativos del Distrito de Columbia, las Cortes Federales y el Congreso. Una sección, además, contiene documentos relacionados con “asuntos marítimos, navales y militares anteriores a la Segunda Guerra Mundial”. Este fondo, así como los genealógicos, son los más consultados: los estadounidenses comunes y corrientes se interesan por su origen y por sus antepasados militares. Ser pariente de un héroe se considera muy honroso y hasta ventajoso en la agitada “vida americana”.

[60]

Probablemente, los más importantes para la historia de Colombia y de América Latina son los archivos ubicados en College Park, Maryland, los cuales albergan desde 1994 los documentos pertenecientes a las agencias civiles del Estado, incluido el Departamento de Estado, y ofrecen dos colecciones de suma actualidad para la historia norteamericana reciente: los pliegos referentes al asesinato de John F. Kennedy y los materiales correspondientes a la presidencia de Richard Nixon y el escándalo Watergate. Ubicado en Adelphi Road, este archivo ofrece, así mismo, ilustraciones y fotografías, películas, grabaciones en sonido y videos sobre la historia norteamericana, documentos cartográficos y arquitectónicos y todo el bagaje de fondos militares a partir de la Segunda Guerra Mundial. Gruesa parte de los documentos desclasificados de los registros presidenciales a partir del siglo XVIII y relativos a la política exterior de Estados Unidos, se encuentra aquí².

Las llamadas “bibliotecas presidenciales” constituyen una importante mezcla de museos y archivos. Conservan elementos, libros, fotografías y artefactos que pertenecieron a los presidentes norteamericanos, pero han allegado a ellas documentos de archivo que sólo pueden consultarse en sus instalaciones. Usualmente se ubican en las ciudades natales de los presidentes, siguiendo una tradición iniciada por Roosevelt en 1939, y que llega hoy hasta Bill Clinton, cuya biblioteca fue inaugurada en la capital del Estado de Arkansas en el año 2005³.



**The National Archives Building,
en College Park, Maryland**

Con menor, aunque no deleznable jerarquía para la historia de Colombia y de América Latina, *The Office of the Federal Register* (OFR) o “Registro Federal”, ubicado en Washington, ofrece el archivo de las leyes y enmiendas o reglas administrativas, documentos presidenciales y muchos otros del orden estatal interno. Los archivos regionales, localizados en

² Por regla general, los documentos eran “desclasificados” (es decir, quedaban al dominio público), después de pasados 25 años. Sin embargo, tal como se describe en la acápite 4 del presente artículo, esta regla ha sido limitada y modificada en los últimos tiempos, a pesar de las disposiciones consagradas en la Ley sobre Libertad de Información.

³ Las bibliotecas presidenciales son doce: Franklin Roosevelt, Herbert Hoover, Harry Truman, Dwight Eisenhower, John Kennedy, Lyndon Johnson, Richard Nixon, Gerald Ford, Jimmy Carter, Ronald Reagan, George Bush y Bill Clinton.

la mayoría de los estados del país, guardan documentos de su área y pliegos de interés genealógico⁴.

3. USOS RECIENTES DE LOS ARCHIVOS NORTEAMERICANOS PARA LA HISTORIA DE COLOMBIA

Fue quizás David Bushnell, historiador colombiano, homónimo del inventor de un submarino en plena guerra de independencia de Estados Unidos, un pionero en mostrar a la historiografía colombiana los usos posibles de los Archivos Nacionales de ese país. Publicado en 1984, su libro *Eduardo Santos y la política del buen vecino* elevó el nivel de análisis sobre las relaciones entre Colombia y Estados Unidos al final de los años treinta e inicio de los cuarenta⁵.

Basado en documentos del Departamento de Estado, Bushnell descifró los desconocidos pasos del presidente Santos para acercarse definitivamente a Estados Unidos a través de acuerdos políticos y militares que sellaran una “estrecha colaboración” en las áreas “más sensibles de la política nacional”. Dio luz, igualmente, a las secretas entrevistas que el embajador de Estados Unidos en Colombia sostuvo con dirigentes políticos como Laureano Gómez, y presentó las impresiones del Departamento de Estado acerca del propio Gómez, del presidente Santos y de Alfonso López Pumarejo.

Uno de los hechos más notables que Bushnell descubrió se basa en un informe confidencial que el embajador Spruille Braden envió a la Secretaría de Estado. De acuerdo con dicha acta, el 20 de marzo de 1941 el embajador se reunió con Laureano Gómez. En la sesión se presentaron algunos reclamos de Gómez sobre el retiro de la publicidad norteamericana y la amenaza de que sus materiales de impresión, el papel y otros artículos que compraba en Estados Unidos, así como la suscripción a la United Press Internacional le fueran suprimidos. *El Siglo*, dijo Gómez, estaba en una “lista negra”. Braden lo negó categóricamente, pero sostuvo que el retiro de la publicidad podía tener origen en los artículos antinorteamericanos y pronazis del periódico⁶.

Gómez se excusó y dijo que “nunca” había leído a su columnista *Américo Latino*, a quien Braden señalaba como responsable. El embajador, sin embargo, le expresó que esos artículos eran ratificados por sus intervenciones en el Senado, y citó diversas situaciones como fundamento. “Gómez se turbó cada vez más, se ruborizó apopléticamente, balbuceó sus respuestas y mostró todas las evidencias de tener una conciencia culpable”, informó el embajador. Luego hizo énfasis en que no era partidario del nazismo y “proclamó fervientemente su amistad por Estados Unidos”. Se “declaró vencido y prometió solemnemente” que leería las columnas de “*Américo Latino*” y que “se encargaría de que los artículos del periódico fueran escritos en tal forma que no dejaran espacio para falsas interpretaciones en cuanto a la actitud amistosa de *El Siglo* hacia Estados Unidos”. En cuanto a su espíritu pronorteamericano y antinazi, dijo el embajador, “me pidió que si alguna vez tenía una

⁴ Para mayor información sobre los Archivos Nacionales de Estados Unidos, sus horarios y pautas de atención, puede consultarse <http://www.archives.gov/>, <http://www.archives.gov/espanol/>, y <http://www.archives.gov/about/info/mission.html>

⁵ BUSHNELL, David, *Eduardo Santos y la política del buen vecino*. Bogotá, El Áncora, 1984.

⁶ En realidad, *El Siglo* no estuvo nunca en la lista negra que el Departamento de Estado de Estados Unidos levantó contra los acusados de apoyar al nazismo en América Latina. Si en algún momento el embajador pensó en incluirlo, fue disuadido por el propio presidente Santos. No obstante, sí se impulsó la reducción de publicidad y la suspensión del suministro de papel.

crítica que hacerle en ese sentido, se la pusiera de presente con el objeto de que él tomara las medidas necesarias para remediarla”⁷.

Gómez cumplió su compromiso sin tapujos: la fuerte oposición que el partido conservador impuso contra la política internacional del presidente desapareció e, inexplicablemente para el público, la posición de Laureano Gómez y de su periódico *El Siglo* giró diametralmente. El editorial del 23 de marzo de 1941 elogió por primera vez un discurso del embajador Braden y “Américo Latino”, el más cáustico columnista antinorteamericano del diario, tomó como propia la causa de la Unidad Americana⁸.

En concepto del embajador estadounidense, Gómez era “un consumado oportunista” que “estará siempre de parte de quien tenga el viento a su favor”:

No tengo la más mínima confianza en la sinceridad de sus promesas, y estoy seguro de que se echará para atrás si ello conviene a sus planes o si siente que los nazis van a ganar la guerra. Sin embargo, la influencia que pueda tener sobre las masas conservadoras, su adopción de una actitud más amistosa hacia nosotros será benéfica y, por tanto, recomiendo que a mi llegada a Washington se discuta la posibilidad de inducir a los industriales norteamericanos para que reanuden su pauta publicitaria⁹.

Gómez intentaba, entonces, acercarse al presidente Santos y a Estados Unidos. Al final de la entrevista con Braden sugirió que si López llegaba de nuevo al poder, “aquellos que lo rodean lo obligarán a enrutarse hacia la extrema izquierda y Colombia será soviética y conducida al comunismo”. Prometió entonces “la guerra civil” y pidió el apoyo norteamericano “para impedir que el comunismo se apodere de Colombia”. Cuando el embajador le advirtió que “los días de intervención” habían pasado para siempre, Gómez dijo que “buscaría el apoyo en cualquier otra parte”.

El texto de Bushnell señaló un camino que algunos autores intentaron tímidamente, como Vernon Lee Fluharty¹⁰, y que otros siguieron con carácter igualmente pionero. Con una línea de trabajo que continuó expresándose en obras posteriores, Silvia Galvis y Alberto Donadío profundizaron los hallazgos en torno a Laureano Gómez y las simpatías pronazi de algunos pocos políticos, militares y funcionarios del Estado¹¹. La producción de ambos autores, si bien aborda los hechos desde una perspectiva a veces más periodística que histórica, constituye un importante y novedoso aporte en materia documental, convertido en obligada referencia para estudios ulteriores.

Su investigación consulta, en los documentos del Departamento de Estado, la correspondencia entre Washington y la Embajada en Bogotá, los memorandos confidenciales de dicho Departamento sobre Colombia, y los informes enviados por los consulados norteamericanos que durante la Segunda Guerra Mundial cumplían funciones de inteligencia militar. Con base en sus hallazgos, Galvis y Donadío postulan que, tanto Eduardo Santos como Alfonso López Pumarejo, “autorizaron secreta e inconstitucionalmente a las fuerzas

⁷ Informe estrictamente confidencial del embajador Braden a la Secretaría de Estado, marzo 26 de 1941. Archivo Nacional de Estados Unidos. 821.00/1319. Reproducido en su totalidad por David Bushnell, *ob. cit.*, p. 168.

⁸ *El Siglo*, marzo 23 y 24 de 1941.

⁹ *Idem.*

¹⁰ LEE FLUHARTY, Vernon, *La danza de los millones*. Bogotá, El Áncora, 1981.

¹¹ GALVIS, Silvia y DONADÍO, Alberto, *Colombia nazi*. Bogotá, Planeta, 1986. Posterior e igualmente importante: *El Jefe Supremo*. Bogotá, Planeta, 1988, y de DONADÍO, Alberto, *La guerra con el Perú*. Medellín, Hombre Nuevo editores, 2002.

militares norteamericanas para que invadieran a Colombia, sin previo permiso especial, cuando lo consideraran necesario para hacer frente a una amenaza contra el Canal de Panamá”¹².

No obstante, correspondió a Stephen Randall la virtud de consolidar la tendencia de mirar los archivos norteamericanos. Aunque existen variados estudios acerca de las relaciones entre Colombia y Estados Unidos, son escasos los trabajos que trazan una perspectiva histórica tan amplia y detallada que pueda proporcionarle al lector una visión integral y de larga duración sobre las relaciones entre los dos países. Este es el caso del libro de Randall¹³, profesor canadiense experto en relaciones internacionales, quien busca analizar el conjunto de las relaciones entre Colombia y Estados Unidos desde sus orígenes hasta los años 1990, basado en una minuciosa consulta de los archivos disponibles en ambos países. De este aporte destacamos cuatro elementos centrales.

En primer lugar, Randall asume como hilo conductor de su investigación la pregunta por el grado de autonomía que se presenta cuando dos países se relacionan en condiciones de clara asimetría, como es el caso de Estados Unidos y Colombia. Desde la perspectiva teórica que subyace al texto, el enfoque de la dependencia, que tanta influencia tuvo en América Latina durante los años sesenta y setenta, cede el paso a una perspectiva de interdependencia compleja en las relaciones internacionales. La pesquisa histórica en el caso de las relaciones entre los dos países permite constatar que “la asimetría de la interdependencia internacional, si bien expresa una situación de inequidad, también plantea oportunidades si los países menos fuertes saben aprovecharlas”. El margen de maniobra con el que ha contado Colombia se ha ampliado o reducido de acuerdo con múltiples factores a lo largo de estos dos siglos, contradiciendo así una visión de subordinación completa y sin sobresaltos¹⁴.

En segundo lugar y en correlato con lo anterior, el estudio plantea la necesidad de estudiar las relaciones entre actores internacionales desde una perspectiva histórica, lo cual se coloca en contravía de la tendencia generalizada en la disciplina de las relaciones internacionales, consistente en ocuparse primordialmente de los temas y las dinámicas de actualidad, dejando de lado las consideraciones sobre la posible transformación de las agendas entre los países y sus propios actores.

En tercer lugar, el trabajo de Randall supera la visión diplomática formal de las relaciones entre los dos países, enfoque que había predominado en la ya de por sí escasa bibliografía sobre la historia de la política internacional de Colombia¹⁵. El texto parte del presupuesto

[64]

¹² GALVIS, Silvia y Alberto Donadío, *Colombia nazi, ob. cit.*, p. 9. No escapan a su examen los informes del agregado militar, del agregado naval y del FBI contruidos en torno a la presunta existencia de una red nazi en Colombia y América del Sur, que incidieron en la creación y difusión de “listas negras” y en la fijación de políticas norteamericanas contra la presencia nazi en este extremo del continente.

¹³ RANDALL, Stephen, *Aliados y distantes. Historia de la relaciones entre Colombia y Estados Unidos desde la independencia hasta la guerra contra las drogas*. Bogotá, Tercer Mundo Editores - Ediciones Uniandes. CEI, 1992. Acerca de la bibliografía existente hasta principios de los años noventa en torno a las relaciones Colombia-Estados Unidos, un útil ensayo aparece al final de este libro.

¹⁴ Esta tesis es ampliada por el mismo autor en: *Colombia and the United States: hegemony and interdependence*. Athens, The University of Georgia Press, 1992.

¹⁵ El propio autor había realizado ya un estudio en esta perspectiva más integral de la política internacional, con su tesis doctoral *Good neighbours in depression: the United States and Colombia 1928-1938*. Toronto, University of Toronto, 1972. Posteriormente, una versión corregida se publicó bajo el título *La diplomacia de la modernización. Relaciones colombo-norteamericanas 1920-1940*. Bogotá, Talleres Gráficos Banco Popular, 1989.

de que las relaciones exteriores deben reflexionarse de modo integral, “incluyendo vínculos culturales, de comercio e inversiones, así como las relaciones políticas y militares generales entre dos naciones”. El autor estructura su texto de manera cronológica, considerando en cada uno de los periodos analizados tres ámbitos de análisis: el de la diplomacia formal, el de los vínculos económicos, y el de la cultura.

El texto de Randall tiene además otra virtud: señalarle a las siguientes generaciones de investigadores las áreas que están aún por explorar, los temas que es necesario profundizar o revisar, y el lugar histórico de los acontecimientos en estos últimos 15 años tumultuosos e intensos de las relaciones entre Colombia y Estados Unidos.

En una dirección coincidente, David Fernando Varela trató de reunir en un solo texto los documentos confidenciales que el Departamento de Estado poseía sobre Colombia entre 1943 y 1953. Más que realizar descubrimientos espectaculares, Varela buscaba conocer la forma como los diplomáticos norteamericanos veían a Colombia en aquellos años, y esperaba de ellos una visión imparcial sobre una época de crisis. Consideraba insuficientes las publicaciones sobre el tema (algunas de dudoso valor histórico) y esperaba profundizar en la reconstrucción de la atmósfera y el entorno de acontecimientos que, como el 9 de abril o el 13 de junio, marcaron una época clave para la historia del siglo XX colombiano.

Sobre dicha base, Varela trató de reconstruir la cadena de los acontecimientos políticos de aquellos años, cotejándolos luego con las publicaciones disponibles sobre el tema. Aunque Varela sostiene que no encontró revelaciones asombrosas, “el cúmulo de detalles curiosos, de secretos a voces, de rumores justificados y de sospechas malévolas” le permitió reconstruir el ambiente político de la época de la Violencia desde la perspectiva de la actividad diplomática entre Washington y Bogotá.

Su obra se desplaza sobre las fuentes que, entre otros datos novedosos, sustentan sólidamente lo que ya sospechaban autores anteriores: que Laureano Gómez (y la Embajada de Estados Unidos) anticipaba el éxito del golpe del general Rojas, por lo que el presidente derrocado y su familia viajaron a Nueva York con pasaportes diplomáticos expedidos tres días antes del 13 de junio. Poco después se iniciaron los trámites para dotar con visas de trabajo en Estados Unidos a los hermanos Enrique y Álvaro Gómez¹⁶.

Varela se ocupa también de hechos menos conocidos, como la caída del régimen liberal en 1946. En su opinión, el liberalismo perdió el poder no sólo como resultado de una división, sino por la antipatía entre Eduardo Santos y Alfonso López, reflejo de sus diferentes estilos y caracteres, y del descrédito de la segunda administración de este último, empañada por los escándalos que comprometían a su familia y que desde su trinchera periodística Laureano Gómez supo atizar. El malestar en las Fuerzas Armadas que el presidente López no supo contrarrestar a tiempo, alcanzó su clímax con el frustrado golpe de Pasto, y es un primer eslabón en la cadena de acontecimientos que lleva al 13 de junio. Varela sugiere que fue el mismo López quien incitó la división interna para vengarse del

¹⁶ VARELA S., David Fernando, *Documentos de la Embajada*. Bogotá, Planeta, 1998, p. 216. Al final de los capítulos que tratan de acontecimientos clave, una “Nota Bibliográfica” coteja los datos de la correspondencia diplomática analizada en el texto principal con datos de obras sobre el mismo tema que el autor pudo localizar en los catálogos de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, en la Biblioteca Central de la Universidad de Georgetown (Joseph Mark *Lauinger Memorial Library*), y en librerías colombianas. Esas notas destacan diferencias y coincidencias entre las distintas fuentes, y confirman, en general, la precisión y exactitud de los informes diplomáticos norteamericanos.

partido que lo había abandonado. En los documentos analizados se encuentran evidencias de la interacción de estas variables.

Un primer origen de la Violencia lo detecta Varela en el absurdo resultado de las elecciones del 5 de mayo de 1946: el presidente fue Mariano Ospina Pérez, pero el verdadero triunfador, Jorge Eliécer Gaitán. Con sus ideas y con su estilo, Gaitán revolucionó la política colombiana en pocos meses de campaña disidente, y en menos de un año tuvo a su merced al partido liberal. Gaitán no era una persona muy dispuesta al diálogo y a las concesiones; denunciaba, como Gómez antes de él, las corruptelas de los políticos (incluidos los de su propio partido) pero extendía sus ataques a la empresa privada y los capitales extranjeros. Durante un año y medio dominó la escena política, fluctuando entre la moderación de sus conversaciones privadas (algunas con diplomáticos norteamericanos) y la elocuencia altisonante de las plazas públicas.

Un rasgo peculiar de lo que Varela llama “la patología de la época” es su insensibilidad frente a los crímenes más atroces. Los liberales disculparon los desafueros de los muchedumbres del 9 de abril de 1948, por tratarse de una “natural explosión de cólera popular”; los conservadores restaron importancia a los atentados del 6 de septiembre de 1952, a pesar de la gravedad de los asaltos coordinados por miembros de las fuerzas del orden. Los diplomáticos norteamericanos observaron cómo los medios de cada partido se limitaban a clamar contra los atropellos de que eran víctimas sus seguidores.

El poder de los medios de comunicación “en vivo” también aparece reflejado en los documentos del Departamento de Estado. Los debates parlamentarios transmitidos por radio hasta poco antes del cierre del Congreso en 1949, agitaron los ánimos. Las consignas marciales de algunos dirigentes llegaron a quienes sólo esperaban un grito de guerra para lanzarse al combate. Los oyentes campesinos sabían que ese era el lenguaje apropiado para un debate en las Cámaras, y que los oradores no lo tomaban demasiado en serio, como lo comprueban sus encuentros privados para reiniciar los diálogos que suspendían en público, tantas veces relatados por los diplomáticos extranjeros.

Los “Documentos de la Embajada” revelan que algunos políticos liberales comenzaron a conspirar, como diez años antes lo habían hecho los conservadores. No sólo utilizaron a la naciente guerrilla; también acariciaron la idea de un golpe de estado, confiaron en atraerse a los militares y a la Embajada estadounidense. Cuando estas opciones se mostraron ineficaces para derrocar al régimen, decidieron esperar que la división interna del conservatismo hiciera lo que ellos no lograron.

Todos estos hechos están tan entrelazados, sostiene Varela, que sólo un esfuerzo metódico puede separarlos. Los funcionarios de la Embajada de Estados Unidos que departían con los políticos colombianos en el curso de un agasajo diplomático o de una velada en el Jockey Club también lo sabían, y en sus informes para Washington siguieron el desarrollo de los acontecimientos tratando de identificar el “hilo de Ariadna”. Para Varela, ese es el mérito mayor de los documentos que analizó: permiten reconstruir el compás de unos hechos más de cincuenta años después, sin las distorsiones de las “biografías hagiográficas o las memorias autoexculpatorias” tan comunes en la historiografía colombiana¹⁷.

Entre los autores más recientes puede citarse a Jairo Sandoval Franky, quien intenta escurdir datos importantes acerca de la participación colombiana en la Guerra de Corea¹⁸,

¹⁷ VARELA S., David Fernando, *ob. cit.*, p. 216.

¹⁸ VALENCIA TOVAR, Álvaro y SANDOVAL FRANKY, Jairo, *Colombia en la guerra de Corea. La historia secreta*. Bogotá, Planeta, 2001.

y a Eduardo Sáenz Rovner, quien logra con su libro *Colombia años 50. Industriales, política y diplomacia*, una muestra clara del papel que corresponde a la consulta de archivos en el exterior y a fuentes insospechadas o poco exploradas, en la producción de nuevas interpretaciones sobre la historia de Colombia. Gracias a su investigación, podemos vislumbrar la importancia de archivos como el de la Asociación Nacional de Industriales, la Empresa Colombiana de Petróleos y la Federación Nacional de Comerciantes; de documentos oficiales de Colombia pero también de Estados Unidos y, especialmente, de los archivos, bibliotecas y hemerotecas de ese país.

Sin embargo, no es el único logro importante de su trabajo. En el estudio de las relaciones sostenidas por los gobiernos de Laureano Gómez o de Gustavo Rojas Pinilla con los industriales colombianos, se adopta una perspectiva útil para el análisis de la acción social. El punto de partida supone que toda acción social es el producto del comportamiento de los sujetos históricos actuando en forma individual o colectiva; comportamiento presentado de acuerdo con reglas, límites y posibilidades impuestos por el contexto en que se desarrollan. En esta dirección, el papel de los actores no es necesariamente el resultado de un cálculo consciente, en el que los objetivos están claramente establecidos de antemano y las decisiones se toman en condiciones óptimas. Por el contrario, la política y las decisiones son materia de discusión y negociación permanentes.

Se trata de un análisis en la perspectiva de una adaptación constante a las exigencias que se van presentando en respuesta a los imperativos, las presiones, necesidades y oportunidades que aparecen en un momento dado. Es lo que podríamos denominar “comportamiento estratégico”, en oposición a aquella visión que reclama para la historia y sus actores una estrategia racional y de largo plazo.

En el enfoque de la “racionalidad limitada”, sostenida por la sociología de la organización¹⁹, los actores difícilmente tienen objetivos claros y, menos aún, proyectos coherentes. Tales proyectos son múltiples, ambiguos, más o menos explícitos y cambiantes de acuerdo con las circunstancias que se van presentando. Son las consecuencias imprevistas e imprevisibles de sus acciones las que obligan al actor a reconsiderar su posición y a redefinir permanentemente sus objetivos.

La contribución de Sáenz Rovner nos permite comprender la interacción de lógicas e intereses entre los diversos actores, individuales y colectivos, que intervinieron en procesos históricos gestados durante los gobiernos de Laureano Gómez y Gustavo Rojas Pinilla. La reversión de la Concesión de Mares y la creación de Ecopetrol, por ejemplo, no son una simple decisión presidencial. En ella desempeñan un papel importante la propia historia de la concesión, las demandas sucesivas del Estado y las decisiones de la Corte con sus respectivas presiones; la participación de congresistas, ministros, funcionarios y políticos, del embajador de Estados Unidos, del Banco Mundial y de la Unión Sindical Obrera; las negociaciones con multinacionales norteamericanas y con los industriales de la ANDI. Influyen, igualmente, la nacionalización del petróleo en México y las opiniones de nuestro embajador en ese país, la rentabilidad de los campos petroleros en Oriente Medio, la oferta de combustibles, y el temor o la defensa al estatismo, plasmado en diversas concepciones políticas del momento.

¹⁹ CROZIER, Michel y FRIEDBERG, Erhard, *L'acteur et le système: les contraintes de l'action collective*. Paris, Éditions du Seuil, 1977. Igualmente, REYNAUD, Jean-Daniel, *Les règles du jeu: L'action collective et la régulation sociale*. Paris, Armand Collin, 1997.

La comprensión del hecho histórico no puede alcanzarse sin entender cuáles fueron las estrategias, limitaciones, decisiones e intereses de todos aquellos que, de una u otra forma, se mezclaron, interactuaron, condicionaron y potenciaron el proceso. Sáenz Rovner lo toma en cuenta y nos muestra los resultados como producto de una investigación juiciosa²⁰.

4. EL “ARCHIVO DE SEGURIDAD NACIONAL” Y LA LIBERTAD DE INFORMACIÓN

El *National Security Archive*, ubicado en la Suite 701, Gelman Library, The George Washington University, es un laboratorio de investigación, archivo y biblioteca de carácter no gubernamental e independiente, dispuesto al servicio público por dicha universidad. Este archivo fue fundado en 1985 por un grupo de académicos y periodistas que, al amparo de la Ley de Libertad de Información, pretende obtener, recopilar y divulgar documentación valiosa, antes secreta para el gobierno de Estados Unidos. Su tarea consiste, precisamente, en lograr la desclasificación de documentos confidenciales del gobierno norteamericano para colocarlos a disposición de la academia, de la prensa, de la ciudadanía y de la opinión mundial en general.

El archivo contiene hoy en día una importante colección de documentos oficiales obtenidos a través de métodos diversos: utilizando la legislación norteamericana, evaluando la desclasificación obligatoria, estudiando y seleccionando documentos de las bibliotecas presidenciales y de los registros del Congreso, o a través de testimonios e investigaciones académicas y periodísticas profesionales. El archivo sigue también los organismos del gobierno estadounidense y los depósitos de registros federales para documentos que, liberados o no de la reserva oficial, permiten conocer los procesos decisorios, así como el contexto histórico, político y social en que las agencias gubernamentales y sus responsables actúan y deciden. Sin duda, se ha convertido en el usuario más prolífico y activo de la libertad de información en el mundo, que ha logrado rescatar verdades ocultas en las criptas de la CIA, en el Consejo de Seguridad Nacional, en el Departamento de Defensa y en la Casa Blanca, entre otras instituciones o agencias norteamericanas²¹.

Entre las más conocidas acciones del Archivo figuran las demandas judiciales que han hecho posible el conocimiento de documentos clasificados como “secretos” o “confidenciales” por el gobierno norteamericano con respecto a “la crisis de los misiles” (con Cuba, en octubre de 1962); “el caso Irán-Contras” (escándalo político durante el gobierno de Ronald Reagan que culminó con la desviación de fondos para los “contras” en Nicaragua, pese a la expresa prohibición del Congreso); la “política de seguridad nacional” en el cono sur, el respaldo a los ejércitos de Centroamérica durante los años ochenta y noventa²², las acciones de la CIA o el FBI en Cuba y América Latina, así como también impedir la

²⁰ SÁENZ ROVNER, Eduardo, *Colombia años 50. Industriales, política y diplomacia*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. Colección Sede, 2002.

²¹ Sobre el Archivo de Seguridad Nacional en Washington, su papel y oferta al público, consúltese <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/> o www.nsarchive.org También puede visitarse el sitio de la George Washington University, contactar a Thomas S. Blanton, director ejecutivo del archivo en nsarchiv@gwu.edu, o suscribirse institucionalmente al Digital National Security Archive publicado por ProQuest/Chadwyck-Healey.

²² Un documento de gran importancia, elaborado tras los acuerdos de paz en Guatemala, puede observarse en <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB32/indexesp.html>

eliminación física del registro de correos electrónicos de la Casa Blanca, creado durante los gobiernos de Reagan, Bush y Clinton²³.

El Archivo de Seguridad Nacional fundamenta su labor en la llamada Ley de Libertad de Información, conocida por las siglas en inglés FOIA (*Freedom of Information Act*), la cual permite a la ciudadanía solicitar ante el gobierno la revisión de documentos que ameriten desclasificación²⁴. Al respecto, cada agencia posee una oficina de desclasificación que revisa los documentos y decide si éstos pueden ser desclasificados total o parcialmente, o si deben permanecer como secretos. Desde luego, la decisión no es siempre acertada y menos aún, argumentada. Sin embargo, gracias a la ley, se ha obtenido luz pública para diversos documentos que explican episodios clave en la política exterior de Estados Unidos.

Si la desclasificación del documento se obtiene en aplicación a la FOIA, el documento es enviado al solicitante que, en el caso del Archivo de Seguridad Nacional, lo coloca a disposición pública en sus salas de lectura o en la Web. Si el documento es desclasificado como parte de los procedimientos rutinarios de las bibliotecas presidenciales, se archiva en ellas.

Esta ley fue aprobada en 1966 por el Congreso y recibió en 1974 importantes enmiendas para favorecer el acceso a las informaciones gubernamentales, pese al veto impuesto por el entonces presidente Ford. Posteriormente, en 1986, el Congreso aprobó una legislación que definió las obligaciones de la Agencia Central de Inteligencia para dar respuesta a las solicitudes de información por parte de los ciudadanos, y otorgó acceso a informaciones sobre actividades encubiertas o supuestas irregularidades cometidas por la propia agencia. Sin embargo, la autorizó también para negar la revisión de archivos operacionales o de aquellos que contengan métodos e identidad de fuentes.

La Ley exige, así mismo, que ciertos tipos de documentos estén disponibles sin que medie solicitud expresa. Entre ellos figuran las regulaciones de los departamentos y agencias del gobierno, las opiniones que resuelven procedimientos administrativos y aquellas que afectan de manera directa a ciudadanos en particular. En este sentido, las llamadas “Guías FOIA” entregan al público los reportes de información disponible, una descripción de los sistemas de localización de registros y las tarifas de consulta que permiten elevar las correspondientes solicitudes de desclasificación.

A título de ejemplo, las acciones del Archivo de Seguridad Nacional pueden reflejarse en las luces y realidades que su consulta arroja sobre importantes hechos de la historia latinoamericana. Gracias a ella puede conocerse la aprobación e impulso que el gobierno de Richard Nixon otorgó al golpe militar contra Salvador Allende en Chile y que, de acuerdo con un memorando de la Agencia Central de Inteligencia, se financiaron diversos intentos para desestabilizar al gobierno democráticamente elegido en ese país. Entre los

²³ Además de la existencia documental mencionada, el Archivo Digital de Seguridad Nacional contiene bases de datos con más de 60.000 documentos en colecciones como: Afganistán, 1973-1990; China y Estados Unidos, 1960-1998; El Salvador, 1980-1994; Guatemala, 1954-1999; Irán, 1977-1980; Iraq, 1980-1994; Japón y Estados Unidos, 1960-1992; las transcripciones de Kissinger, 1969-1997; Sudáfrica, 1962-1989; el terrorismo y la política de Estados Unidos, 1968-2002; Historia nuclear 1955-1968; Vietnam, 1954-1975, no proliferación nuclear, espionaje e inteligencia. En el Archivo existe un proyecto sobre Colombia, dirigido por Michael Evans (mevans@gwu.edu), el cual intenta identificar y obtener la desclasificación de documentos relativos a las políticas norteamericanas en Colombia, sobre seguridad, derechos humanos, impunidad y programas antinarcóticos.

²⁴ Información sobre la FOIA puede consultarse en http://www.usembassy-mexico.gov/bbf/bfdossierS_FOIA.htm y <http://www.eeoc.gov/es/foia/index.html>

hechos develados por los documentos de archivo figura, por ejemplo, la previa “neutralización o eliminación si fuere necesaria” del general Schneider para impedir que Allende fuera presidente²⁵; la distribución de miles de dólares entre algunos militares chilenos para “contar con su ayuda y silencio”; la aprobación de un millón de dólares destinados a la ayuda encubierta de partidos políticos y organizaciones privadas; así como ingentes medidas para golpear la economía chilena una vez Allende se posesionara²⁶.

Otros documentos desclasificados refieren, por otra parte, reuniones secretas sostenidas en el Hotel Waldorf Astoria de la ciudad de Nueva York, entre Henry Kissinger y el almirante argentino César Augusto Guzzetti en 1976, en las cuales asomó con claridad el apoyo norteamericano a la violación de derechos humanos que la dictadura argentina agenciaba para entonces. Según el “memorando de conversación”, levantado por el propio Kissinger, Guzzetti informó sobre los “buenos resultados obtenidos en la lucha contra el comunismo”, y Kissinger le deseó éxito “con la mayor rapidez posible”. Su consejo advirtió que “el problema de los derechos humanos se agranda” y “queremos una situación estable”. “No les vamos a causar dificultades innecesarias”, pero “sería mejor si pudieran acabar antes que el Congreso regrese”. En efecto, el Congreso amenazaba con adoptar sanciones en contra de Argentina e incidir negativamente en la aprobación de créditos.

Charles Robinson, asistente del Ministerio de Relaciones Exteriores en Washington, expresó a su vez que, si bien “el período inicial exigía medidas que a largo plazo no son aceptables”, era posible “comprender que al principio hay que ser duro”. Con una comparación bastante explícita y justificativa dijo que “en 1850, cuando California luchaba para convertirse en estado, las fuerzas oficiales de la ley y el orden eran inadecuadas. Por tanto, la gente organizó grupos de vigilantes, pero Estados Unidos se ha olvidado de esta historia y también se olvida que una situación muy semejante existe hoy día en otros lugares”. Otro funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores que estaba presente durante la reunión con Robinson, ofreció una idea para ayudar en los casos de sacerdotes y monjas que sufrían la persecución del régimen: “Es esencial que no desaparezcan, sino que sean arrestados y enjuiciados”. Todo un reconocimiento implícito a los demás hechos de la dictadura que hoy son investigados por la justicia argentina²⁷.

En general, la importancia de los documentos desclasificados puede medirse por el hecho de que más de 55.000 folios que recibieron dicha categoría antes de 1999, han retomado durante el gobierno de Bush la catalogación de “confidencial”. Un programa de reclasificación, regido por un memorando secreto que incluso prohíbe al Archivo Nacional dar a conocer las agencias implicadas, ha retirado de la vista pública una cantidad considerable de documentos ya desclasificados. El programa cuenta con 30 examinadores

²⁵ René Schneider, comandante del ejército chileno en 1970, se mostró dispuesto a respetar la Constitución y a aceptar el triunfo de Allende si éste era ratificado por el Congreso. Schneider fue asesinado el 22 de octubre de 1970.

²⁶ Archivo de Seguridad Nacional de Estados Unidos. Mayor información en http://www.trabajadores.co.cu/fijos/mundo/columnistas/otros_columnistas/textos/pv-poder.htm y http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/latin_america/newsid_3754000/3754165.stm

²⁷ Archivo de Seguridad Nacional de Estados Unidos. Mayor información en <http://www.gwu.edu/~narchiv/NSAEBB/NSAEBB104/index.htm> y <http://www.wsws.org/es/articles/>

contratados por las agencias de inteligencia y de defensa y, según el *New York Times*, ha cerrado el acceso a más de 8.000 documentos luego de los sucesos del 11 de septiembre²⁸.

5. UTILIZACIÓN DE LOS DOCUMENTOS: EL CASO DEL DEPARTAMENTO DE ESTADO

La abundancia de materiales existentes en los Archivos Nacionales de Estados Unidos plantea algunas dificultades al investigador. Para comenzar, es necesario identificar los documentos de algún modo. En el caso de aquellos correspondientes al Departamento de Estado, algunos historiadores han seguido el sistema de identificación utilizado por el Archivo Nacional y la publicación del Departamento de Estado, *Foreign Relations*: un número de código basado en una clasificación interna según el tema y la fecha; otros, en cambio, han preferido identificarlos tan sólo por su fecha y, cuando existe, por su número de serie contado conforme al año fiscal norteamericano (que comienza el 1 de octubre).

No puede ignorarse, por otro lado, el origen y la finalidad de los documentos generados por una agencia pública. Después de examinar doce cajas de documentos, Varela afirma que en su mayoría se trataba de “piezas burocráticas; simples registros de acontecimientos intrascendentes, escritos con cuidado para ajustarse al reglamento, unas veces deseosos de impresionar, otras cautelosos para evitar la censura de un revisor severo”. Pero también encontró algunos con el valor de “testimonios inmediatos, recién vividos, sin tiempo para reflexionar; unos ilustrados con recortes de periódicos ya desaparecidos, soporte ostensible del comentario, otros con referencias a fuentes anónimas pero confiables”.

La tarea de selección del investigador es exigente pero puede rendir buenos frutos si se aplica una crítica científica para determinar el valor de cada pieza y distinguir lo que sólo tiene un interés periodístico o anecdótico de lo que realmente señala un acontecimiento histórico o las intenciones reales de sus protagonistas. No debe olvidarse que, en ocasiones, un documento habla más por lo que pretende ocultar que por aquello que muestra a simple vista. Las críticas de la Escuela de Annales al positivismo toman aquí una inusitada vigencia²⁹.

Los documentos son de varios tipos, y sus denominaciones, estructura y contenidos han variado con el tiempo. Los documentos entre 1935 y 1955 (periodos examinados por Bushnell y Varela, por ejemplo) se clasificaban en tres categorías fundamentales: a) los despachos, informes o cartas que son reportes detallados de la Embajada norteamericana en Bogotá al Departamento de Estado en Washington; b) los memorándums, documentos internos del Departamento en los que se comentan los reportes recibidos o se deja constancia de reuniones importantes con funcionarios o políticos colombianos, y c) los telegramas, comunicaciones breves que intercambiaban ambas oficinas. El primer grupo con frecuencia incluye, como anexos, recortes o transcripciones de periódicos, publicaciones u otros escritos de interés.

Otro punto metodológico por definir es la identificación del autor de cada documento. Varela, por ejemplo, prefiere no identificarlo por considerar que “aunque sus escritos

²⁸ *The New York Times*, 20 de febrero de 2006. La desclasificación, durante el gobierno Bush, ha tomado un ritmo lento y fastidioso para nada comparable con su opuesto, la clasificación. En sus primeros tres años, esta administración tomó 58,7 millones de decisiones para clasificar, es decir, reservar registros y documentos relacionados. En comparación, el Gobierno de Bill Clinton clasificó 65,6 millones de registros durante la totalidad de sus ocho años. Ver <http://www.funcionpublica.gob.mx/publicaciones/paraleer/g25/art-pasos.html>

²⁹ FEBVRE, Lucien, *Combates por la historia*. Barcelona, Ariel, 1970.

sirvan de fuente para la historia de Colombia, ellos no fueron sus protagonistas”. Sólo por excepción menciona el nombre del embajador norteamericano de turno, cuya firma aparece al pie de la mayoría de los despachos y telegramas, aunque seguramente no los elaboró en persona.

La traducción de los documentos transcritos textualmente plantea una dificultad adicional. No todos los investigadores son traductores profesionales y, por consiguiente, su versión no puede considerarse “oficial”. Varela, por ejemplo, sostiene que su traducción “no podía ser literal ni tampoco literaria” sino tan sólo “sencilla y directa”. Cuando alguna expresión inglesa le pareció más expresiva que su equivalente castellano, conservó el texto original en bastardilla. Aunque lo ideal sería contar con traductores profesionales, el alto costo limitaría las posibilidades de la mayoría de los investigadores colombianos. En su defecto, la confiabilidad de la traducción depende del dominio del idioma extranjero por parte del investigador.

Un punto de fondo que no puede ignorarse en la utilización de los documentos es el de los posibles prejuicios de los autores. En documentos de las décadas de los cuarenta y los cincuenta, además del furor anticomunista, se perciben ideas tomadas de la “leyenda negra” de la Inquisición y la Conquista. La presencia de estos prejuicios no destruye el valor de un documento que en lo demás puede ser imparcial y acertado, sobre todo por el deseo sincero de suministrar a los *policy-makers* del propio país una información confiable, pero obliga a tratarlos con cautela y a contrastarlos con otras fuentes. En opinión de Varela, aunque no lograran desprenderse por completo de sus prejuicios, algunos de los autores de los documentos del Departamento de Estado prepararon “informes concienzudos, bien documentados, corroborados siempre con fuentes colombianas”.

Por último, en el proceso de utilización de fuentes se imponen algunos criterios. Por ejemplo, los documentos del Departamento de Estado sólo proporcionan información para la historia política y diplomática del país, con ignorancia casi completa de variables económicas o sociales. Por eso incluyen referencias constantes a los políticos y diplomáticos colombianos que trataban con el Departamento. Son a veces tan numerosos los que aparecen citados en la documentación, que los investigadores tienden a concentrar la atención en los personajes de mayor relieve, dejando de lado a otros que apenas figuran incidentalmente, pero que en alguna coyuntura pudieron desempeñar un papel clave. Una visión más completa de la historia obligará al investigador a consultar fuentes de origen muy diverso que superen las limitaciones del archivo estudiado.

Todas las limitaciones anteriores, naturales en cualquier estudio historiográfico, deben invitar a las nuevas generaciones de investigadores a una relectura constante de las fuentes en búsqueda de interpretaciones que fueron esquivas a la mirada de sus predecesores, pero que pueden saltar a la vista con una mirada fresca. Tal ha sido el propósito de los autores de este ensayo: invitar a otros historiadores colombianos a examinar las fuentes que ellos ya utilizaron, y animarlos para descubrir otras nuevas en los archivos de Estados Unidos y de otros países que hayan mantenido relaciones permanentes con Colombia.

6. DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE COLOMBIA

Los autores del presente artículo hemos decidido entregar a la Biblioteca Luis Ángel Arango siete volúmenes que contienen fotocopias de sendos documentos extraídos del Archivo Nacional de Estados Unidos, particularmente de la sección correspondiente al Departamento de Estado. En el volumen 1 pueden hallarse los “datos biográficos confi-

[72]

denciales” que la Embajada de Estados Unidos en Colombia levantó sobre Jorge Eliécer Gaitán entre 1932 y 1937. Igualmente, los informes confidenciales de la misma embajada durante los años 1941, 1942 y 1943. En el volumen 2 se encuentran los informes del embajador al Departamento de Estado y su secretario, a lo largo del año 1944. El volumen 3 recoge dichos informes entre los años 1945 y 1946, en tanto que el volumen 4 recoge los años 1947 y 1948, dejando el volumen 5 al año 1949. El volumen 6 recopila los informes de la Embajada entre 1950 y 1951 y, por último, el volumen 7 compendia los años 1952 y 1953.

Dispuestos al público por primera vez en Colombia, esperamos constituyan un gran aporte para los estudiosos de la historia del país y de las relaciones Colombia-Estados Unidos.

BIBLIOGRAFÍA

- ATEHORTÚA, Adolfo. *La modernización del Ejército en Colombia. De la estrella austral a la estrella polar*. Inédito.
- BUSHNELL, David. *Eduardo Santos y la política del buen vecino*. Bogotá, El Áncora, 1984.
- CROZIER, Michel y FRIEDBERG, Erhard. *L'acteur et le système: les contraintes de l'action collective*. Paris, Éditions du Seuil, 1977.
- DONADÍO, Alberto. *La guerra con el Perú*. Medellín, Hombre Nuevo editores, 2002.
- FEBVRE, Lucien. *Combates por la historia*. Barcelona, Ariel, 1970.
- GALVIS, Silvia y DONADÍO, Alberto. *Colombia nazi*. Bogotá, Planeta, 1986.
- GALVIS, Silvia y DONADÍO, Alberto. *El Jefe Supremo*. Bogotá, Planeta, 1988.
- LEE Fluharty, Vernon. *La danza de los millones*. Bogotá, El Áncora, 1981.
- RANDALL, Stephen. *Aliados y distantes. Historia de las relaciones entre Colombia y Estados Unidos desde la independencia hasta la guerra contra las drogas*. Bogotá, Tercer Mundo Editores-Ediciones Uniandes, CEI, 1992.
- RANDALL. *Colombia and The United States: hegemony and interdependence*. Athens, The University of Georgia Press, 1992.
- RANDALL. *Good neighbours in depression: the United States and Colombia 1928-1938*, Toronto, University of Toronto, 1972. Versión corregida en castellano: *La diplomacia de la modernización. Relaciones colombo-norteamericanas 1920-1940*. Bogotá, Talleres Gráficos Banco Popular, 1989.
- ROJAS, Diana Marcela. “El redescubrimiento de las relaciones internacionales para la historia política de Colombia”. En Ayala, César (Ed.), *La historia política hoy. Sus métodos y las ciencias sociales*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2004.
- REYNAUD, Jean-Daniel. *Les règles du jeu: L'action collective et la régulation sociale*. Paris, Armand Collin, 1997.
- SÁENZ ROVNER, Eduardo. *Colombia años 50. Industriales, política y diplomacia*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. Colección Sede, 2002.
- VALENCIA TOVAR, Álvaro y Sandoval Franky, Jairo. *Colombia en la guerra de Corea. La historia secreta*. Bogotá, Planeta, 2001.
- VARELA S., David Fernando. *Documentos de la Embajada*. Bogotá, Planeta, 1998.

Páginas Web consultadas:

- <http://www.libertaddigital.com/php3/noticia.php3?cpn=1276234163>
<http://funredes.org/liendo/escritos/index.htm>

<http://www.archives.gov/>
<http://www.archives.gov/espanol/>
<http://www.archives.gov/about/info/mission.html>
<http://www.gwu.edu/~nsarchiv/>
<http://www.nsarchive.org>
<http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB32/indexesp.html>
http://www.usembassy-mexico.gov/bbf/bfdossierS_FOIA.htm
<http://www.eeoc.gov/es/foia/index.html>
http://www.trabajadores.co.cu/fijos/mundo/columnistas/otros_columnistas/textos/pv-poder.htm
http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/latin_america/newsid_3754000/3754165.stm
<http://www.gwu.edu/~narchiv/NSAEBB/NSAEBB104/index.htm> <http://www.wsws.org/es/articles/>

Prensa revisada:

El Tiempo, 1943-1953.

El Siglo, 1943-1953.

El Espectador, 1943-1953.

The New York Times, 1998-2006.